

El poder, ese exceso

«La compasión es lo que permite pasar del orden afectivo al orden ético, de lo que se siente a lo que se quiere, de lo que se es a lo que se debe. Comparar el sufrimiento de otro no es aprobarlo ni compartir las razones, buenas o malas, de su sufrimiento, sino negarse a considerar el sufrimiento, sea cual sea, como un hecho indiferente, y a un ser vivo, sea quien sea, como una cosa.»

André Comte-Sponville, "Pequeño tratado de las grandes virtudes"

JOSÉ JAVIER AMORÓS AZPILICUETA

Prefiero a los vencidos. Soy partidario de los perdedores. Creo que el estado natural del hombre no es el gobierno sino la oposición. Además de los locos y los niños, la verdad la dicen muy atinadamente los derrotados. Las grandes virtudes -la justicia, la compasión, la tolerancia, el amor...- se ejercitan mejor desde el suelo que desde el cielo. Nadie como las minorías para mantener enhiesta la bandera de los derechos fundamentales.

El poder y la gloria son de naturaleza mentirosa y equívoca. La primera mentira del poder es su identificación con la inteligencia. La segunda, servir de colutorio para la halitosis moral: el poder hace inocentes a quienes lo tienen. Afortunadamente, la naturaleza acostumbra a diseñar a los poderosos de tal forma que resulta muy difícil referirse a ellos sin dar la impresión de que se les difama. En su biografía del Conde-Duque de Olivares, dice el Dr. MARRAÑÓN que eso que llamamos suerte ejerce tanta influencia en el desarrollo de la pasión de mandar que el gran caudillo no suele ser un ejemplar humano excelso; sus deficiencias están compensadas por un ambiente propicio.

Cualquier poder resulta excesivo. Todo poder es demasiado poder. Ningún poder se muestra inocuo y la pala-

bra poder lleva en lo más íntimo la tendencia a perjudicar. No es cierto que a los diversos poderes los amansen determinadas doctrinas, porque el poder tiene en todos los casos los mismos rasgos genéticos: ser expansivo, absorbente, total y totalizador, dogmático y despectivo. Lo mismo el del juez de paz, la auxiliar de clínica o el subteniente que el del primer ministro. Y cuando el poder no se comporta como tal es porque no puede, contrariando su naturaleza más espontánea. Por eso, el poder nunca se autolimita, hay que frenarlo desde fuera. MONTESQUIEU, que sabía cosas, utilizó una palabra dura para entrar en la historia a costa del poder: *arrêter* (frenar, detener, parar). Parar el poder lo mismo que intentamos detener el avance del enemigo. Pero hay que corregir a Montesquieu porque el poder no frena el poder. El poder estimula el poder, lo excita, lo multiplica; el poder añade poder al poder y la lucha de poderes acaba engordando a todos los contendientes. En el conflicto de poderes sólo hay vencedores.

A propósito de una crítica al concepto de poder en León Blum, ironiza ROGER CAILLOIS: "Es evidente que para el Sr. Blum la legalidad es la base del poder. Es de temer que sea, por el contrario, el poder el que sea la base de la legalidad. Todo poder es severo: es

casi destruirlo, y con toda seguridad gastarlo, no abusar de él cuando conviene". La idea tiene ilustres predecesores: "La autoridad, no la verdad, hace la ley" (HOBBS, *Leviatán*, cap. 26). "La justicia es lo establecido y por ello todas las leyes establecidas serán consideradas necesariamente por justas sin ser examinadas" (PASCAL, *Pensamientos*, artículo quinto).

Si es cierto que "la cantidad de hombres dominados por la pasión de mandar es inmensa" (GREGORIO MARAÑÓN), también lo es que a otros muchos les domina el vicio de obedecer. Siglos de educación para la docilidad han ido creando generaciones de seres genéticamente subalternos, que son peores que los esclavos y los siervos de la gleba porque su aspiración no es la libertad sino la sumisión al jefe a cambio de un reflejo de su poder. Es la invasión de los pequeños cargos ocupados por pequeños hombres, los mismos pequeños hombres que mañana ocuparán grandes cargos, la mediocridad es intercambiable. Boquimuelles que necesitan alguien a quien admirar y de quien depender: de ese modo les salpican algunas migajas de la gloria de su modelo y así van viviendo, agarrados al borde de la personalidad ajena. "Es preciso aceptar y entender el grito de Reich -sostiene GILLES DELEUZE- en un diálogo con Michel Foucault: ¡no, las masas no fueron engañadas, en determinado momento desearon el fascismo! Hay catexis de deseo que modelan el poder y lo difunden, y hacen que el poder se halle tanto al nivel del *flic* ("poli") como del *prima ministro* y que no hay ninguna diferencia entre el poder que ejerce el pequeño *flic* y el poder que ejerce un ministro". Para desahogarse no siempre es necesario el poder absoluto. A veces es preferible un poco de poder relativo sobre el poder absoluto y el dinero suficiente para que no se note la diferencia de poderes. En un cuentecillo filosófico titulado "El perro que tenía alma de hombre", narra ALAIN la historia de un perro al que Júpiter, por equivocación, le dio un alma humana al nacer. Un día, el alma despierta y anima a los demás

perros a la rebelión contra sus amos. «Pero se le probó que el estado de servidumbre era el mejor, y se le citó a dos o tres perros callejeros que andaban famélicos. ¿Quién os dará de comer -decían los viejos- si os quedáis sin amos?». Y como ya era hora de comer, cada cual tiró por su sitio sin esperar contestación. Después de llevarse muchos planchazos semejantes, nuestro protagonista cayó en la cuenta de que un perro nada puede hacer con un alma de hombre. Y se la devolvió a Júpiter».

Todos los pueblos necesitan un conductor de la caravana. Al hacerse grupo, los hombres abandonan su alma humana y se vuelven aburridos, pusilánimes, egoístas. Y delegan en unos pocos el oficio de vivir, que consiste en adquirir responsabilidades; la primera, hacerse cargo de sí mismo. Ésa es la explicación del triunfo de gente menor poseída por una ilimitada pasión de mandar.

El poder se ejerce a disgusto y es cosa de mucho desconsuelo ver sufrir a los poderosos. Unos viven de esto porque se lo encarga personalmente Dios -¿quién podría resistirse a Dios?-, otros renuncian a su libertad para que florezca la del prójimo, aquéllos están, apenas, de oyentes sin deseo (la vida es como una joven doncella -creo que decía HEINE, no sé, no me acuerdo- y sólo aspiro a ponerla en paños menores y a prostituirla sin deseo, no me esperaba esto de Heine, que fue doctor en Derecho), y los más ingeniosos le reprochan al pueblo no haberles dado un cargo sino una carga, son más literarias las excusas anteriores, esta es una estupidez de clase media de la cabeza. Los poderosos de ventanilla, los líderes de visera y manguitos, los caporales de la toga o el antibiótico y otros intendentes de variada luminosidad, mandan por oposición, no por deleite. ¡Qué más quisieran ellos que ser como todo el mundo! No es de extrañar que vayan tan mal las cosas públicas ya que nadie las hace a gusto.

La aspiración del poder es la eternidad. ¿Acaso existe algo más conservador que el poder? Pero soportamos a

nuestros héroes porque son fugaces. Sólo la certidumbre de que un día desaparecerán hace llevadera su participación en nuestras biografías. La eternidad es un concepto de funcionario. Si los poderosos supieran que "sólo lo fugitivo permanece y dura"... Queremos seguir amando las cosas como son ahora y en eso consiste nuestra idea de eternidad, en perpetuar este momento. No nos cabe en la cabeza una eternidad evolutiva, sino una eternidad de presente. Una sociedad bien organizada debería cambiar muy frecuentemente de jefes y jefecillos, y que sus individuos cambiaran, frecuentemente también, de ropa, de adjetivos y de paisaje.

De modo que todo poder es una exageración. La diferencia sustancial entre las diversas formas de ejercer el poder es la sangre. Poderes con y sin sangre. ("A todo eso le falta sangre", dice CALÍGULA al joven Escipión, a propósito de su poema). En los orígenes del Estado moderno y en los grandes momentos de la historia de la humanidad está la sangre. Ningún cambio revolucionario se toma en consideración hasta que las calaveras de los vencidos adornan como pisapapeles la mesa del Consejo de Ministros. En la Revolución Francesa, que fue una revolución ejemplar, se derramaron hectolitros del preciado líquido. "¡Qué me importa que nos llamen bebedores de sangre! ¡Qué me importa mi reputación! ¡Sea la Francia libre y perezca envilecido mi nombre!", grita el frenético DANTON. La civilización ha enseñado al poder a ser ahorrrativo con la sangre del pueblo. Hay otros modos de destruir al hombre sin necesidad de gastar tanto en hospitales de campaña, y no tenemos por qué heñir la sensibilidad del espectador. Superado el terrible matiz, todos los poderes siguen el mismo destino inexorable: dominar a los demás; con sutileza, toscamente, con fantasía, didácticamente, pero dominar.

Hacen falta unas gotas de anarquismo en la bebida de una sociedad adormecida por el acatamiento y la subordinación. Es preciso que, por la naturale-

za del hombre, el poder sea contenido por la ética, diremos, corrigiendo a Montesquieu. Sólo una educación ética puede salvarnos del poder, a los que mandan y a los que obedecen. En enero de 1995 se publicó la noticia de que las Facultades de Medicina suecas iban a introducir, en los exámenes de acceso, pruebas psicológicas sobre el carácter y los valores morales de los aspirantes. He aquí que los poderosos de toda condición deberían ser sometidos, con carácter previo a su mandato, a pruebas parecidas. Hay que asegurarse de que quienes deciden son independientes, ante todo, de ellos mismos. Independientes de su dispepsia, de su neurastenia, de su discutible conciencia, incluso. Nuestras vidas dependen de una mala tarde de un mal señor. La educación sentimental de los que van a ejercer el poder, tal podría ser una misión de la Universidad. "Hay buenos y malos sentimientos -dice JOSÉ ANTONIO MARINA, ese creador ético- y los criterios para realizar su discriminación proceden de la ética. Los sentimientos favorecen unas acciones y entorpecen otras, manifiestan unos valores y ocultan otros. Buenos sentimientos son los que predisponen y animan a mantener el orbe de la dignidad humana, que es un complejo sistema de derechos recíprocos y de formas de convivencia". Y la ética es, para el mismo pensador, "el esfuerzo de la inteligencia por descubrir cuál es el modo de vivir más adecuado para el hombre, el que desarrolla sus mejores posibilidades y satisface sus más profundas aspiraciones. Su meta es justificar valores y normas comunes a todos los humanos, por encima de las diferencias culturales y religiosas. Nos exige buscar ardorosamente la verdad".

Conviene averiguar si los poderosos tienen integrado dentro de su estructura psicológica personal un modelo ético de sujeto humano. Para frenar el poder. Y si no lo tienen, hay que devolverlos a la escuela. "Sólo es duradera una comunidad sentida como verdadera comunidad ética... La razón de Estado, rectamente entendida, es, en último término, razón moral" (GERARD RITTER).

La sociedad debe enseñar a los poderosos a ser respetables para que puedan ser respetados. ¿Acaso el poder es una prótesis de la inteligencia, de la honradez, de la compasión, de las buenas maneras, un lenitivo de la estupidez, de la miseria moral? Y si no lo es, ¿por qué debe respetarse, sin más, lo que ellos representan? *Suplico a V.E.: Con el debido respeto y consideración; Hablará cuando se le diga; Se sentará cuando se le autorice; Su señoría, con superior criterio, decidirá...* son tics procesales degradantes que nos devuelven a los señores de horca y cuchillo. ¿Por qué nos obligan a temerles diciendo cínicamente que es por respeto al cargo? ¿Por qué la buena educación hemos de ponerla siempre nosotros, como nuestros antepasados pu-

sieron la sangre? Lo que pasa es que la Revolución Francesa lleva más de 200 años sin repetirse y los pavitontos administrativos se confían. Haber aprobado unas oposiciones o ganado unas elecciones no significa ser superior, sino voluntarioso. ¿De qué sirve una razón que no sea razón ética?

¿Puede la Universidad desentenderse de la educación ética de sus individuos? Las leyes y las sanciones no son nada comparadas con el cerebro y el corazón del hombre. Es en el corazón de cada hombre donde se resume la humanidad, no en las mesas de los jueces o de los ministros. Eso es lo que hay que aprender a respetar.